

Síntesis Sociales

elaboradas por el *cial*

LA SITUACION DE LA IGLESIA CATOLICA EN EL MUNDO

PONENCIA DEL P. ARRUPE

Leída en Treveris el 10 de septiembre de 1970 en el marco del 83º Katholikentag alemán*

Objetivos limitados de esta ponencia.

EN primer lugar quisiera saludarles cordialmente a todos y darles las gracias por la gran confianza que me han demostrado con su invitación. El tema que me han propuesto es importante y extenso: **La situación de la Iglesia católica en el mundo.** Les confieso sinceramente que no me hago ilusión de poder responder a él de un modo adecuado, no sólo por el poco tiempo disponible, sino, sobre todo, por la multitud de problemas que entraña. Pero tampoco ustedes esperan de mí una respuesta a cada uno de ellos, que hoy ni siquiera puede darse todavía en toda una serie de cuestiones pendientes. Me contentaría con poder prestar mi modesta colaboración a la **formación de conciencias**, tan necesaria hoy, y a la **iniciativa apostólica**. Ustedes me permitirán que trate este tema desde mi punto de vista y mi experiencia personal, marcados fundamentalmente por treinta años de trabajo apostólico fuera de Europa, en Japón sobre todo, y por cinco años largos al frente de la Compañía de Jesús.

En mi habitación tengo una fotografía de la tierra tomada durante un vuelo espacial. Me la ha regalado el astronauta Lowell. Tiene una increíble nitidez de contornos y me recuerda a menudo que necesitamos ambas cosas. Necesitamos una visión clara de los problemas locales y necesitamos asimismo encuadrar estos problemas en una visión universal. Estoy convencido de que sólo esta visión tiene realmente futuro.

I

LA situación de la Iglesia en el mundo actual está determinada fundamentalmente por dos factores: **la situación interna de la misma Iglesia y la particular situación de nuestro mundo moderno.** Pero hay que recalcar expresamente que estas dos esferas no se encuentran aisladas una de otra, sino que están en una estrecha relación mutua. La concepción eclesial del Concilio Vaticano II habla claramente de una **Iglesia en el mundo.**

Factores determinantes de la Iglesia en el mundo.

(*) Tomado de "Hechos y Dichos", Novbre. 1970, págs. 23-28.

Características de su situación interna:

La situación interna de la Iglesia está hoy caracterizada por una profunda dificultad y crisis de fe. Precisamente en una visión de la Iglesia universal llama la atención qué diversos son el origen y la expresión de estas dificultades y crisis de fe.

en el mundo oriental

En una parte del mundo la dificultad de la fe procede de la opresión por parte del materialismo oriental. Tiene su origen en la reducción de la base vital de la sociedad y en la limitación por la fuerza de la actividad apostólica. Nos llenamos de admiración ante el testimonio y la fidelidad a la fe de estos hombres.

y en el occidental.

Muy distinta es la situación en el supertecnificado mundo occidental. Aquí nos tropezamos con el hecho de un mundo secularizado, un mundo en el que el tono lo dan las leyes técnicas y económicas inventadas o descubiertas por el hombre. En este mundo secularizado las cuestiones planteadas al hombre y su necesidad de valores supramateriales quedan satisfechas al parecer dentro del mismo mundo, educándolas, desviándolas, disipándolas y, a veces, también por medio de drogas. Ya no se recurre, pues, a Dios; a esto se añade que tal realidad puede no desearse o no ser ya posible por causas morales muy concretas.

Ateísmo práctico en ambos mundos.

El ateísmo práctico se ha convertido en un problema a escala mundial. Y debemos darnos cuenta de que este ateísmo no queda ya limitado al mundo occidental, sino que irrumpe cada vez con mayor fuerza en Africa y Asia. Conozco por mi propia experiencia en Japón lo afianzado que está ya el ateísmo práctico en la nación económicamente más desarrollada de Oriente.

Neurotización como resultado.

Es claro que este ateísmo práctico no da más que una respuesta aparente a las preguntas fundamentales del hombre. Además, él mismo origina a su vez numerosos problemas nuevos. Los efectos de la creciente pérdida de sentido de la existencia y el aumento de los conflictos personales tienen como resultado una neurotización del hombre que crece de modo alarmante. Unos buscan ayuda en el médico, otros acuden a las drogas. Estos problemas de dimensiones universales preocupan hoy incluso a los ateos. Pero a pesar de esta reflexión inicial ha de advertirse que el mundo secularizado con su aparente o real lejanía de Dios significa de por sí una crisis y una dificultad de la fe.

Nuevo proceso iniciado por la Iglesia.

Esta crisis de fe actual se hace más amplia y profunda desde otro lado. La intención del Concilio Vaticano II dentro del espíritu del "aggiornamento" fue ciertamente dar una respuesta teológico-religiosa a las preguntas del hombre moderno. El Concilio no ha iniciado sólo una orientación nueva en el aspecto litúrgico y ecuménico; también ha puesto en marcha un nuevo proceso de reflexión e interpretación del patrimonio de la fe.

Su objetivo actual.

Este proceso no ha llegado a su fin con el Concilio, sino sigue adelante sin desmayo. Esta búsqueda y estos intentos tienen planteado un objetivo. Lo que interesa en el anuncio de la fe no es únicamente enunciar lo esencial sobre Dios, Cristo y la Iglesia en fórmulas eternamente iguales; muy importante es también que estos enunciados correspondan a la auténtica experiencia objetiva y vital del hombre moderno. Estas experiencias vienen determinadas por factores de tipo histórico, lingüístico, psicológico y sociológico, muy distintos de los que había hace, por ejemplo, cien años. Un ejemplo: un joven japonés vino a mí, hondamente sacudido en la firmeza de su fe, porque había oído que santos venerados durante muchos siglos por la Iglesia ni siquiera han vivido.

Revisión del contenido de la fe y crisis concomitante.

Pero esto trae consigo que la forma de enunciar la fe puede y debe ser sometida a revisión y aclaración, como en parte ha sucedido ya en el Concilio.

Todo esto produce intranquilidad, inseguridad, desazón, produce angustia y escepticismo. Sobre todo cuando en esta búsqueda de la adecuada proclamación del mensaje de salvación algunos cuestionan el mensaje mismo y lo suprimen prácticamente. Es decir, que los contenidos fundamentales de la fe, como Dios, Cristo, la Iglesia, son despojados de su carácter de misterio y bosquejados exclusivamente a partir del hombre. Quien sigue con atención la discusión teológica actual ha de advertir que la crisis de fe surgida precisamente de esto es una de las más graves de toda la historia de la Iglesia.

Pero hay otro factor: la miseria.

Pero nuestro análisis de la crisis de fe y nuestra búsqueda de soluciones pecarían peligrosamente de parcialidad si nos limitásemos a considerar como factores determinantes la realidad de un mundo secularizado y de la discusión teológica. Sería un modo de pensar típicamente occidental, sin suficiente universalidad. No podemos pasar por alto un hecho, y quisiera referirme a él con toda claridad: para cientos de millones de católicos en nuestro mundo de hoy, la auténtica crisis de fe no es el materialismo práctico ni la reflexión teológica mal asimilada, sino la miseria brutal de la vida. Dicho con otras palabras: a los hombres del Tercer Mundo les es extremadamente difícil tomarse en serio una Buena Nueva que hasta hoy no ha conseguido alegrar de algún modo la siempre peñosa existencia de esta gente.

Su gravedad frente al conocido bienestar de otros.

Esto les amarga tanto más cuanto que, gracias a los medios de comunicación social y al turismo en gran escala, están informados con toda exactitud del bienestar de nuestra sociedad y al mismo tiempo saben que nuestra sociedad de bienestar está también informada de su miseria. Sé de sobra que quejarse y acusar en esta forma no es más que una simplificación de la situación real. Pero si no hubiese oído tantas veces esta queja, y dicha por otras personas; no hablaría de esto. Ni tampoco diría nada si no hubiese experimentado las consecuencias, el escepticismo creciente frente a esta fe y esta Iglesia. O, mejor dicho, frente a los hombres y las instituciones, que tan bien se sienten en su bienestar, aun conociendo la miseria ajena.

Las tres causas de la crisis.

Estos tres factores, el mundo secularizado moderno, la discusión teológica y el problema del Tercer Mundo me parecen las causas fundamentales a escala mundial de la crisis y las dificultades de fe actuales.

Pero hay también un esperanzador resurgimiento religioso.

Pero me sentiría culpable de proyectar una imagen parcial y, por tanto, falsa si no añadiese una nota complementaria a esta situación de la fe. Y me parece fundamental tomar también muy en serio esta segunda visión, aun cuando es evidente que los modernos medios de comunicación no le conceden la misma atención que a la crisis de fe. Una de las vivencias más impresionantes y duraderas de los últimos años ha sido el encontrarme con una renovación y un resurgimiento religioso como yo no me hubiera podido imaginar. He encontrado en laicos, sacerdotes y religiosos una seriedad y una profundización en la fe que pocas veces me había tropezado antes. La teología no es ya una ciencia secreta del clero, sino que cada vez más la va poseyendo el Pueblo de Dios entero. He podido asistir en Latinoamérica a reuniones litúrgicas en las que la palabra de la comunidad cristiana no era palabrería barata, sino realidad vívida. He podido ver en África ejemplos de abnegación y pobreza voluntaria de los que sólo se oyen en las épocas florecientes del cristianismo. Aún tengo grabada la imagen de un grupo de cincuenta jóvenes que en los hielos de Alaska han realizado durante tres años un trabajo de promoción social entre los esquimales. ¡También esto se debería saber de la juventud actual! Me he reunido repetidas veces con grupos apostólicos que realizan sin grandes aparatos organizativos el ideal de la "diakonía" del cristianismo primitivo, y he podido contemplar el redescubrimiento de la oración y la meditación en tales grupos. Como superior general experimento la orientación totalmente nueva que estos grupos de base suponen para una comunidad religiosa. Conversando con el presidente del Consejo Mundial de las Iglesias, doctor Eugenio Carson Blake, he vivido una fraternidad en la fe cristiana que hay que contar como una de las grandes esperanzas de la Iglesia del mañana.

Situación seria, pero no pesimista.

Con estas breves observaciones no quiero de ninguna manera restar importancia a la crisis y a las dificultades de fe descritas al principio. Tampoco quiero caer en el consuelo barato, y en mi opinión muy peligroso, de considerar las actuales dificultades de fe en la Iglesia como una crisis pasajera de corta duración, soñando ya con una próxima seguridad en la fe. La seriedad de la situación actual no nos permite una simplificación semejante, pero, a pesar de constatar esto y mirando la situación global del mundo, no puedo tampoco caer en un pesimismo que supondría una simplificación idéntica.

II

QUISIERA hablar todavía de un segundo problema, estrechamente relacionado con el anterior y que condiciona también mucho la situación interna de la Iglesia en el mundo actual. Podríamos designar este problema como la cuestión y la crisis de estructuras en la Iglesia.

Crisis de estructuras en la Iglesia y en la sociedad.

A ésta crisis de estructuras en la Iglesia le corresponde una crisis de estructuras en la sociedad. Todos nosotros somos testigos de las profundas tensiones y de las duras controversias de los nobles deseos que aquí se defienden, y también de las utopías, que juegan asimismo un papel en esto. Si prescindimos de toda cuestión secundaria y de toda carga emotiva, el objetivo latente tras esta confrontación en el plano nacional e internacional es el siguiente: ¿cómo se puede poner a todas las naciones y

Estados, a todas las fuerzas y miembros del Estado, en situación de contribuir al bien común en libertad y responsabilidad? Esta tendencia tiene validez universal y pertenece cada vez más a la autoconciencia del hombre y del mundo moderno.

La crisis en la Iglesia proviene principalmente de dentro.

No nos ha de extrañar que esta tendencia se deje notar también en la Iglesia. No hay dificultad en admitir que la crisis de estructuras de la Iglesia haya sido desencadenada en parte por el proceso global de la sociedad. Pero el impulso decisivo de esta evolución le viene a la Iglesia de dentro, le viene, sobre todo, del desarrollo de una concepción de la Iglesia atestiguada ya en el Concilio Vaticano II, concretizada más en la época postconciliar y que no ha cobrado aún su expresión definitiva. Lo mismo que en el terreno de la fe, esta evolución conduce también, en el terreno de la estructura de la Iglesia, a controversias, tensiones, crisis, pero también a renovación y esperanza.

Cuestión de unidad en la pluralidad y de interés por las otras Iglesias o provincias eclesíásticas.

Una cuestión fundamental planteada en el contexto de esta problemática es la que toca a la unidad de la Iglesia universal y a la pluralidad de las Iglesias locales. Dada la decadencia espiritual con que nos tropezamos a menudo en la cultura de nuestro tiempo, dadas también las divergencias de intereses y opiniones, aparece más necesaria que nunca la unidad y la fuerza unitiva de la Iglesia. Cada comunidad y cada Iglesia sólo seguirá teniendo posibilidades de vida mientras esté unida con fuertes lazos internos y externos a la Iglesia total; si no, se convertirá en secta y terminará en un completo aislamiento. Esta unión se muestra de diversas maneras. Se muestra, sobre todo, en la unión con el Papa. Y también se muestra, dicho de una manera general, en la responsabilidad de la unidad en la fe y en el amor; más concretamente, en la responsabilidad por las Iglesias y provincias eclesíásticas vecinas. Las provincias de la Iglesia, que en los últimos años han emprendido por su cuenta un desarrollo impetuoso, han de tener consideración con otras provincias. No sólo hay una solidaridad con la Iglesia total, sino también con la Iglesia regional.

Gratitud por la ayuda a las misiones.

En este contexto me permitirán decir precisamente aquí, en Alemania, una palabra a propósito de las Iglesias de misión. Ustedes saben que las misiones modernas de la Iglesia se cuentan entre las hazañas del catolicismo europeo y norteamericano. Pero este trabajo misional de la Iglesia no podría proseguirse tampoco hoy sin esta ayuda. No quisiera dejar pasar esta ocasión única sin agradecer expresamente a los católicos alemanes su inigualable abnegación en favor de las obras misioneras de la Iglesia. Quisiera personalmente dar las gracias por la ayuda inolvidable proporcionada a mí y a mis hermanos en Hiroshima y Tokio.

Crisis en el trabajo misionero tradicional.

Todos ustedes saben que el trabajo misionero en sentido tradicional se encuentra en una crisis que quizá se agudizará más todavía en el futuro. No puedo ahora entrar más en los motivos, que son sin duda tanto de índole teológica como política, social y cultural. Acaso nuestra ayuda futura haya de ser aún más abnegada, más humilde, más servicial. Los pueblos que antaño eran colonias se han hecho independientes, tomando con ello mayor conciencia de sí mismos. Y todavía recuerdan muy bien un pasado cercano, y no sólo en su aspecto político, sino también en su aspecto religioso. ¿No es verdad acaso que a veces vivieron el trabajo misionero como una parte de la colonización? En el futuro se le exigirá todavía mucha mayor precaución y acomodación. Ya hemos descuidado una vez esta acomodación: no vayamos a hacer lo mismo por segunda vez.

Necesidad de pluralismo en la Iglesia...

Al hablar de los campos concretos de responsabilidad por la Iglesia universal no se ha de pasar por alto los intereses justificados de las Iglesias locales. Precisamente si poseemos una visión amplia de la Iglesia de Cristo, no podemos dejar de constatar que ya ha quedado atrás el tiempo de un occidentalismo exclusivo y que también en la Iglesia tiene que haber un proceso necesario de diferenciación, un pluralismo. Si la Iglesia quiere conservar su fuerza vital y volver a proyectar con mayor nitidez su luz en la sociedad y en el mundo, han de robustecerse la vida y las iniciativas propias de las Iglesias y comunidades locales. Sólo así puede desarrollarse la auténtica vida en un organismo tan grande como el que constituye la Iglesia.

...a pesar de las consiguientes fricciones a todos los niveles.

La pluralidad de impulsos y experiencias preserva del anquilosamiento y la esterilidad. No es de extrañar que, lo mismo que en la sociedad política, esta evolución dentro de la Iglesia lleve también consigo tensiones y fricciones. Esto ocurre en la Iglesia a todos los niveles; entre el primado del Papa y la dirección de las Iglesias locales; en la relación entre la Conferencia episcopal y cada obispo en particular; en fin, en la relación entre la dirección de la Iglesia local y el Pueblo de Dios en sus diversas estructuras.

Pluralismo en diálogo con buena disposición...

Una cosa debería quedar clara en toda cuestión de estructuras eclesiales: que tenemos mucho que aprender todavía los unos de los otros. Pero la única forma de aprender unos de otros es en un continuo diálogo abierto, si no se tiene desconfianza ni miedo ante el otro, sino sinceridad y buena disposición.

...pensando que, además, está el misterio de Dios-entre-los-hombres.

Finalmente, hay algo que no se puede pasar por alto en todas las tentativas humanas y psicológicas. Las estructuras y la reforma de estructuras son sin duda hoy aspectos importantes de la Iglesia. Pero con la cuestión de estructuras no se agota todo lo que es la Iglesia. Por ello no puede trasladarse allí la misión de la Iglesia en forma exclusiva. La Iglesia representa en último término el misterio de Dios entre los hombres. No podemos ni debemos secularizar o sociologizar este misterio. Acaso el carácter misterioso de la Iglesia aporta mucha más luz al mundo moderno de lo que nosotros nos pensamos.

Me gustaría aludir aún en este contexto a otro problema, que me parece muy importante: En el fondo de muchas confrontaciones y conflictos en torno a las estructuras se esconde a menudo un problema distinto: la tensión entre institución, jerarquía y carisma.

Importancia del testimonio carismático en la solución de la crisis de estructuras.

Esta contraposición no significa en modo alguno que el carisma haya de encontrarse únicamente fuera de la institución y de la jerarquía. Es de esperar que tales visiones unilaterales estén ya hoy superadas. Pero una cosa me parece importante: si miramos la historia de la Iglesia nos encontramos continuamente con que las grandes crisis de fe y reformas de estructuras no siempre, ni siquiera primariamente, han sido resueltas mediante una aclaración teórica, sino muy a menudo por la fuerza incalculable de un testimonio carismático. Me permito hacer alusión en este contexto, por ejemplo, al nacimiento de los movimientos y órdenes religiosos en la Iglesia, o también a la reforma y renovación de estas comunidades en vista de los intereses y necesidades tan fundamentales de la Iglesia universal.

¿No haría falta también hoy una tal consideración de principios? Recibiría con gusto cualquier crítica o corrección, si es falso esto que digo: el futuro de las órdenes religiosas dependerá en gran medida de si aciertan o no a explicitar y hacer fructificar el carisma recibido en su fundación, no para una Iglesia y un mundo de ayer, sino para la Iglesia y el mundo de hoy y de mañana.

III

Hay otros problemas planteados...

SÉ muy bien que con este bosquejo de la crisis de fe y de la cuestión de estructuras no ha sido expuesta en toda su extensión la situación interna de la Iglesia en el mundo de hoy. Quedan aún una serie de preguntas por contestar. Pensemos, por ejemplo, en el problema del sacerdocio, tan actual hoy, en la cuestión del celibato y en la controversia en torno a la moral cristiana. Aun cuando los puntos de partida son muy diversos a escala mundial, esto no nos debe engañar, pues se trata de problemas planteados a toda la Iglesia.

...principalmente la necesidad de un nuevo humanismo.

Quisiera detenerme en un problema que me parece imprescindible para entender la situación y la misión de la Iglesia en el mundo de hoy. Se trata de la preocupación por el hombre. Si se ausculta el deseo que más hondamente conmueve a la humanidad, el objetivo por el que con mayor frecuencia lucha, pese a los campos ideológicos opuestos y los grupos políticos tan variados, nos encontramos casi universalmente con la preocupación por el hombre. La encíclica sobre el desarrollo de Paulo VI llama a esta búsqueda a escala mundial a la "sed de ser más hombres". Los libros modernos de filosofía y teología hablan de la necesidad de un nuevo humanismo. Se habla de un redescubrimiento de lo humano y de lo interpersonal, aunque es verdad que a menudo sólo se tiene una vaga idea de lo que es o debe ser en realidad.

Las dos causas de esta necesidad:

Este compromiso respecto al hombre tiene hoy dos causas principales: el conocimiento del desafío planteado al hombre y del riesgo que corre, y el conocimiento de las posibilidades de libertad que tiene en este mundo.

a) desafío del cambio social profundo y rápido...

Todos nosotros conocemos los factores más importantes de ese desafío y ese riesgo; estriban, por de pronto, en el hecho a que la *Populorum Progressio* alude con la noción de cambio extenso y radical, un cambio que ha adoptado un ritmo desconocido en épocas pasadas y que se acusa en el plano económico, social, político y cultural. Este cambio no queda ya limitado a unas pocas naciones industrializadas, sino que se ha extendido al mundo entero. Hace tan sólo dos semanas estuve en Africa occidental

y quedé hondamente impresionado por el cambio social que se está llevando allí. Y si pienso en el moderno Japón me doy cuenta de lo que significa que el hombre actual esté sometido a un cambio social radical. Este cambio da lugar no sólo a un nuevo estilo de vida y a nuevas relaciones interpersonales, sino también a nuevos procesos mentales y a una conciencia nueva. Bien a menudo he tenido ocasión de comprobar que conflictos generacionales entre viejos y jóvenes han sido originados precisamente porque el rápido cambio de la sociedad se vive y se interpreta de diferente manera.

...con sus riesgos de revolución a nivel nacional...

Hay que añadir, además, algo importante. El extenso cambio social no se realiza en forma rectilínea y homogénea, sino en medio de fuertes tensiones y conflictos. Aquí es donde surge el más profundo riesgo del hombre. Vemos ya este conflicto y esta contradicción en el ámbito del Estado con la manipulación del mundo técnico superorganizado, con la rivalidad de los grupos de presión y de las alianzas de intereses. La sociedad moderna ha abierto mucho más espacio y más posibilidades al juego de la democracia de lo que se daba hace todavía pocos decenios. Así, hay que contar con la formación de partidos, la crítica, la oposición, la contestación, entre el instrumental universal de esta sociedad.

...y de guerra a escala mundial.

Pero esta evolución está mucho más cargada de amenazas en conflictos a escala mundial. Aquí ya no se trata de una mayor o menor realización de la democracia, sino de oposiciones radicales y contradicciones irreconciliables. Millones de hombres se encuentran durante años bajo el terror de la guerra; cientos de millones viven en una pobreza y una miseria inimaginables, mientras otros sufren en una sociedad opresiva. Hay personas que se convierten en ciudadanos de segunda clase por el color de su piel y a otras se les niega el paso a una educación superior. Y lo más tremendo es que muy a menudo subsiste la impresión de que este estado de cosas ha quedado anquilosado, de que no se percibe una evolución interna, la cual sólo puede ponerse en marcha ya mediante una presión masiva y una revolución. Hace poco me decía un responsable político latinoamericano: "Aquí vivimos sobre un volcán que en cualquier momento puede explotar."

b) el conocimiento de las posibilidades de libertad.

Y todo esto ya no se lleva a cabo en mundos perdidos e inaccesibles; esto ocurre ante nuestros mismos ojos. Gracias a los modernos medios de comunicación todos nosotros somos testigos de tales conflictos. Aún tengo presente ante mis ojos a un indio de las montañas de Bolivia agotado por el hambre, que, sentado sobre la tierra requeimada, escuchaba como ausente un transistor lejano. La voz, procedente de una cabaña en ruinas, proclamaba las maravillas de los últimos comestibles y bebidas.

Otra amenaza: la matanza de inocentes.

Y a través de los mismos medios informativos sabemos de las inmensas posibilidades que existirían por parte de la economía y de la técnica para saciar progresivamente la sed "de ser más hombres". Sabemos que el clamor humano pidiendo libertad y posesión de sí mismo ya no necesitaría ser una utopía, sino que podría aproximarse a su realización. Y sabemos asimismo que la solidaridad de los hombres y la unidad del mundo representan la única posibilidad real de asegurar la paz y el bienestar.

Quisiera mencionar aún otra amenaza para el hombre. Se la podría designar como manipulación de la vida o, más claramente, aniquilamiento de la vida.

Conozco la gravedad y complejidad de este problema. Pero créanme: cuando se ha tenido ocasión de rescatar con sus propias manos de entre las ruinas de Hiroshima a personas inocentes muertas o mutiladas, uno se llena de preocupación y responsabilidad cada vez que se atenta contra una vida inocente.

Tenemos que ayudar con hechos a la humanización.

A este mundo ha de proclamar la Iglesia de Dios su mensaje liberador. ¿Cómo podría hacerlo de otro modo sino entrando en el problema básico de la sociedad actual, es decir, preocupándose por el hombre? Y esto no tanto con las elevadas palabras de promesas divinas, que así nadie le escucharía, sino ayudando con los hechos a la humanización de las situaciones existentes.

Y continuar despertando la conciencia de la responsabilidad social.

Pese a sus indiscutibles grandes esfuerzos, a menudo heroicos, en el terreno de la caridad, su posición de partida no es especialmente favorable. Se le acusa de haber estado aliada demasiado tiempo con los sistemas y poderes dominantes del mundo, hasta no tener la libertad necesaria para la consecución de la justicia social. Se dice, además, que su propia estructura era demasiado autoritaria como para demostrar una comprensión interna de la suerte de los oprimidos.

Hay que poner en marcha y colaborar en acciones hacia el humanismo para todos.

No es éste el lugar de detenerse en estas acusaciones, de colocarlas en su situación histórica, matizándolas, así, de reconocer su contenido real, pero también de modificar su desconocimiento de la auténtica misión de la Iglesia. De lo que hoy se trata, sobre todo, es de concretizar e intensificar la inclinación más acusada al hombre y a la sociedad, que ha iniciado la Iglesia. Esto presupone que se le despierta y modela al cristiano su conciencia de la responsabilidad social. También aquí es necesario un proceso de sensibilización eclesial. Pero además es preciso que por parte de particulares y de grupos, tanto a escala nacional como mundial, se pongan en marcha y se colabore en acciones que tengan como objetivo el que todos "sean más hombres".

Aquí se exige especialmente la contribución de los católicos alemanes. No podemos dejarnos apartar de esta tarea de dimensión mundial por conversaciones y discusiones introvertidas continuas. Los exagerados conflictos internos dañan el prestigio de la Iglesia en el plano internacional y paralizan fuerzas muy valiosas.

Objetivos del Katholikentag, según los entiende y comenta el P. Arrupe:

PARA terminar quisiera sacar algunas consecuencias de mis consideraciones. Soy consciente de que también esto no será más que un intento defectuoso que ha de ser sometido a crítica. Pero si he entendido bien el objetivo del Katholikentag, de lo que primariamente se trata no es de análisis más o menos acertados del mundo y de la Iglesia, sino de un cometido y de un impulso. Permítanme resumir este intento en cinco apartados:

1. Si conectando con las últimas consideraciones señalamos la preocupación por el hombre como el centro de interés de nuestro tiempo, entonces la Iglesia está llamada, como nunca quizá hasta ahora, a dar una respuesta teológica a las preguntas del hombre de hoy.

Esto significa, entre otras cosas, lo siguiente: en el curso de su historia y de su autoconciencia, el hombre va teniendo cada vez nuevas preguntas sobre sí mismo y sobre la realización de su existir. El hombre actual, en virtud de su peculiar situación económica, social y cultural, se plantea preguntas nuevas de orden personal e interpersonal, que en gran parte proceden de una más amplia y diferenciada comprensión de sí mismo y de una relación con el mundo más compleja. La Iglesia ha de tomar muy en serio la novedad y urgencia de estas preguntas del hombre. Su contestación no ha de regirse por las preguntas humanas de ayer, sino por las de hoy y de mañana.

Respuestas a los planteamientos de hoy, incluyendo lo religioso y teológico.

Esto significa para la Iglesia una gran responsabilidad y compromiso, una apertura y una autocrítica, una nueva reflexión y nuevos intentos. Puesto que las preguntas de la humanidad no siempre son inequívocas ni pueden serlo, puede que la respuesta tampoco sea siempre inequívoca.

Si esto se hace a conciencia, puede producir intranquilidad y búsqueda en la Iglesia y en la teología. Pero también hay una intranquilidad y una inseguridad saludables.

Pero a esto se añade que la Iglesia ha de dar una respuesta teológica, es decir, religiosa, a este complejo de nuevas preguntas. No puede ni debe reducir la pregunta del hombre al terreno puramente intramundano o interpersonal, dándole así una respuesta mutilada y, por tanto, falsa. Si no quiere dimitir como Iglesia y estar de sobra en el mundo moderno, no puede prescindir de este cometido central religioso y teológico.

2. La Iglesia vive en un mundo y en una época que ha conseguido, sobre todo en el ámbito de la técnica y de la organización, descubrir fuerzas y energías desconocidas hasta ahora y emplearlas para bien de la humanidad. Esta humanidad se ha encontrado con que las fuerzas creativas no son transmitidas sólo a una minoría privilegiada o a unas instituciones fijas, sino que se dan en cada hombre de un modo latente y pueden ser despertadas en él. Según esta ley, ha surgido la sociedad industrial y ha alcanzado un enorme aumento de producción con sus procesos de división de trabajo.

¿Es muy absurdo atribuir también una tarea análoga a la Iglesia en el mundo de hoy? ¿Es que no se ha puesto ya en marcha este proceso, sobre todo con el Concilio Vaticano II, y de lo que fundamentalmente se trata no es en realidad procurar impulsarlo con más decisión hacia adelante? Lo que quiero decir es lo siguiente: también hoy tenemos aún en la Iglesia una gran abundancia de fuerzas y posibilidades latentes, que podrían y deberían ser movilizadas para la realización de su cometido. En el Pueblo de Dios tenemos un potencial todavía no agotado, ni mucho menos, de buena disposición, de responsabilidad y preocupación compartidas, en todas las edades, pero especialmente en nuestra juventud. Y justo en el Tercer Mundo usamos todavía en muy pequeña proporción los medios modernos, como radio y televisión, al servicio pastoral de la Iglesia.

La sociedad industrial moviliza energías latentes; ¿no debería la Iglesia también movilizarlas, poniendo la radio y la televisión al servicio pastoral?

Quizá en la movilización de estas fuerzas latentes seguimos tan anclados a directrices de ayer como lo estamos en la respuesta a las preguntas del hombre actual. ¿No nos debería llevar a decisiones más rápidas el retroceso de las vocaciones sacerdotales y religiosas y la supresión de las instituciones?

Desde luego, sabemos por la fe que el Señor ha prometido a su Iglesia la asistencia en todo tiempo del Espíritu Santo. Pero lo que no sabemos con tanta seguridad es hacia dónde se dirige su soplo y qué exige de nosotros.

3. Un tercer apartado quisiera mencionar clara y brevemente. La Iglesia de Cristo en cuanto tal ha de mostrarse precisamente en este mundo como Iglesia de aquellos hombres que según la palabra del Señor representan el más seguro criterio del amor: los pobres, los tiranizados, los perseguidos, los expulsados, los desesperados. Si falseamos o trastrucamos esta palabra del Señor, hemos cometido delito de alta traición a su mensaje.

Y permítanme repetírselo de nuevo: el futuro de la Iglesia en esos países va a depender fundamentalmente de si acierta o no a contribuir de tal manera a su proceso

El futuro de la Iglesia en el Tercer Mundo depende de acertar en su ayuda a la liberación de los pobres, aun reduciendo los gastos en problemas propios.

de liberación, que evite toda impresión de querer asegurarse el dominio. El papel de la Iglesia en estos países ha de ser como nunca el de servidora, pero ha de ser también al mismo tiempo un papel claro y decidido.

Esta tarea significa para la Iglesia en los países más desarrollados una enorme responsabilidad y una exquisita intuición. Exige humildad y generosidad a la vez. Exige una limitación en la importancia concedida y los dispendios realizados para resolver los problemas propios. Obliga a considerar siempre la situación propia a la luz también de la Iglesia universal.

4. La Iglesia sólo tendrá futuro en el mundo de hoy si proclama sin recortes el mensaje salvífico de Cristo, es decir, si sigue siendo Iglesia de Cristo y, por tanto, misterio de Cristo.

Que se me entienda bien: no digo esto para repetir algo evidente de por sí. Cuando se ha vivido a lo largo de varios decenios en sistemas económicos y políticos diferentes y se ha puesto uno en contacto con muchas ideologías, habiendo vivido sus cambios, se vuelve uno escéptico ante cualquier intento de amalgamas. Y esto hoy más que nunca. Uno se da cuenta de que en todos los sistemas de tipo económico o ideológico hay sitio libre para el mensaje de Cristo. Y cuanto más visibles se hacen los límites y las posibilidades afectivas de estas fuerzas y poderes intramundanos, tanto más urgente se vuelve la cuestión de la presencia del mensaje salvador de Cristo. Y esto sobre todo aunque, en el curso del desarrollo posterior de la humanidad, la posibilidad y la realidad de la culpa personal alcancen una vehemencia desconocida hasta ahora. Tampoco entonces podremos prescindir de la redención en la cruz. Y lo mismo si, en el curso de la diferenciación de la psiquis y de la autoconciencia humanas, la pregunta en torno al sentido de la existencia reciba un nuevo significado para la felicidad y la desgracia de muchos hombres.

La Iglesia está fundada por el Señor como mensaje de salvación. Erguida o caída, la Iglesia seguirá también en el mundo de mañana con su misión salvífica. En este sentido no puede secularizarse a sí misma. Pues con ello falsificaría e inutilizaría la última y más profunda palabra para la liberación del hombre.

5. Permítanme enunciar un último pensamiento. Las afirmaciones precedentes podrían fácilmente ser malentendidas en un sentido triunfalista. Por ejemplo, en el sentido de que la Iglesia posee todas las respuestas y de que el mundo moderno se dirige inequívocamente hacia la Iglesia. Esto no ha sucedido nunca ni mucho menos sucederá mañana. La Iglesia está en camino de reconocerse y aceptar, en un proceso quizá doloroso pero saludable, sus propios límites y su importancia en el mundo. También en este sentido es una Iglesia peregrina. Pero aún está en camino en otro aspecto.

La Iglesia está en camino de recibir y encontrar fuera de sí todo lo que es cristiano y humano. ¿Podrá seguir adelante valientemente por este camino? ¿No es acaso el movimiento ecuménico uno de los resultados más valiosos del cambio en la autocomprensión de la Iglesia? Esé estar junto con otros y referida a otros proporciona a la Iglesia una credibilidad nueva, pero también una nueva solidaridad en la acción a escala mundial. Me limito a recordar aquí la actitud común de las Iglesias cristianas en el terreno de la cuestión racial o en su posición sobre la paz.

Pero hoy se trata de otra Ecumene todavía, la Ecumene de todas las fuerzas que quieren asegurar el bien y la libertad y la paz de la humanidad. Siempre que se realizan estos valores humanos honrada y abnegadamente, se realiza también una parte de la misión de la Iglesia.

HE intentado en estas consideraciones bosquejar la situación de la Iglesia en el mundo de hoy e indicar algunos imperativos como consecuencia de esta situación. Ahora, al final, percibo más aún que al comienzo la insuficiencia de este intento. Veo todavía más preguntas pendientes que respuestas he procurado dar. Pero quizás es ésta realmente la situación de nuestra Iglesia y quizá así ha de ser hoy, si es que quiere ser una Iglesia peregrina, una Iglesia, por tanto, que quiere ser no una pétreo fortaleza de Dios, sino la tienda abierta plantada entre los hombres.

Me permito terminar mis consideraciones con el mismo pensamiento que expresé hace un año durante una celebración de la Eucaristía en Latinoamérica. No hablaba allí a la sombra de una catedral, en la seguridad histórica de una gran libertad catedralicia. Hablaba en la barraca de una parroquia de suburbios y ante hombres que tenían una casa aún más pobre, ante hombres de los que no sabía si a lo mejor mañana serían arrastrados por una revolución.

En esta inseguridad por parte de los condicionamientos materiales, pero también por parte de la situación inestable del creyente, hemos vivido la presencia del Señor, hemos vivido una seguridad que Pablo volvería a llamar hoy necesidad.

Sigo manteniendo enteramente hoy todavía lo que dije entonces: "Tan cerca de nosotros no había estado el Señor acaso nunca, ya que nunca habíamos estado tan nosotros no había estado el Señor acaso nunca, ya que nunca habíamos estado tan inseguros."

La Iglesia, erguida o caída, tiene lugar para continuar su labor salvífica en cualquier sistema económico o ideológico.

La Iglesia, reconociendo a la vez sus limitaciones y su importancia, está en camino de recibir y encontrar fuera de sí cuanto es cristiano y humano.

Necesariamente hay mucha inseguridad hoy, pero precisamente por eso acaso nunca ha estado el Señor tan cerca de nosotros.